

# I

## Que habla de los nombres de las tortugas y de lo que pasa con ellas cuando llueve a cántaros

Antigua Pasolento era una tortuga como todas. O al menos eso creíamos en mi casa. Comía sandía y lechuga de tanto en tanto, pero lo que más le gustaba era el pepino. Se lo cortaba la abuela Martita en rodajas finas. Ella, se lo llevaba al solcito, y ñam, ñam, se lo iba comiendo sin apuros.

Tenía un caparazón algo extraño, eso sí: la placa de la parte más alta sobresalía un poco como si fuera un botón. Tal vez era la cicatriz de alguna herida vieja. A veces las tortugas pelean.

Como toda buena tortuga, amaba las flores de la rosa china. El problema es que mi abuela Martita también ama su rosa china amarilla.

Cuando nadie la estaba mirando, la tortuga siempre le atacaba la planta:

-¡Salí de ahí, tortuga loca! -le gritaba la abuela Martita y la corría con la escoba.

Al principio, nosotros le habíamos puesto de nombre “manuelita”. ¿Por qué? Toda tortuga argentina se llama así, por la de María Elena, ¿no? Con minúscula. A nadie se le ocurría otro nombre y le quedó ese.

Sin embargo, ese no era el verdadero. Esta, y otras muchas cosas sobre nuestra tortuga, yo las supe mucho tiempo después.

Todo empezó con la inundación. Sí, un día en mi ciudad comenzó a llover, y a llover, y a llover, y a llover.

Cayeron baldes de agua.

El agua se hizo un río en la calle y después entró a las casas sin pedir permiso, a los gritos.

Estaba tan enojada que no le importaron las puertas, ni las ventanas, ni la gente que se tuvo que subir a las sillas, de las sillas a las mesas, de las mesas a lo alto de los muebles.

Algunos, buscando escaparse del agua traicionera, hasta se subieron a los techos como mi amiga Marianita que terminó en el de su casa con los abuelos y con Teddy, su perro.

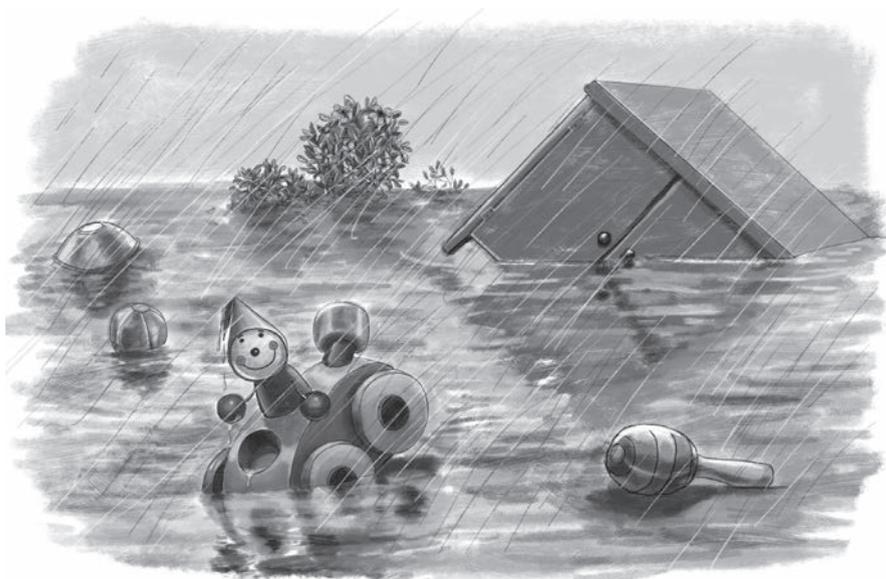
Nosotros en casa nos trepamos a la mesa del comedor mientras papá y mamá subían los muebles donde podían. Después nos fuimos a mi dormitorio que quedaba en la parte de arriba.



Desde la ventana mirábamos la lluvia en el patio que ya era un lago. Solo le faltaban los patos. Y ahí fue cuando la vi. Allí estaba la tortuga, nuestra manuelita, flotando en el agua que se la llevaba de aquí para allá, de una pared a la otra. Con las patas y la cabeza escondidas en el caparazón, parecía una pelota de rugby. Después entraba en un remolino, se hundía y volvía a salir.

Yo pensaba “ahora no sale más”. Pero me tranquilizaba acordándome de que las tortugas viven muchos años. Y cada vez que perdía las esperanzas, ella salía otra vez a flote, como un barquito de papel.

El agua subió y subió. Yo, desde la ventana de mi cuarto, la veía subir y tapar el patio que ya parecía una pecera.



Se trepó a la medianera y pasó de largo.

Muchas cosas pasaron flotando: los chiches del bebé de la vecina, el tendedero de la ropa, una silla de plástico, una ensaladera, un mueble color verde, Don Pancho subido a un bote y mucha gente que yo ni conocía, con caras desesperadas.

Mi papá alcanzó a pescar a todos. Uno por uno con el palo de la escoba y medio cuerpo afuera. Se agarraban al palo y mi papá los arrastraba. Después los hacía entrar por la ventana de mi habitación.

Todos pasaron con nosotros esa noche. La “noche del diluvio”, como la llamó la abuela Martita.

¿Y la manuelita? A la manuelita no la pudo salvar. Las tortugas no tienen manos.